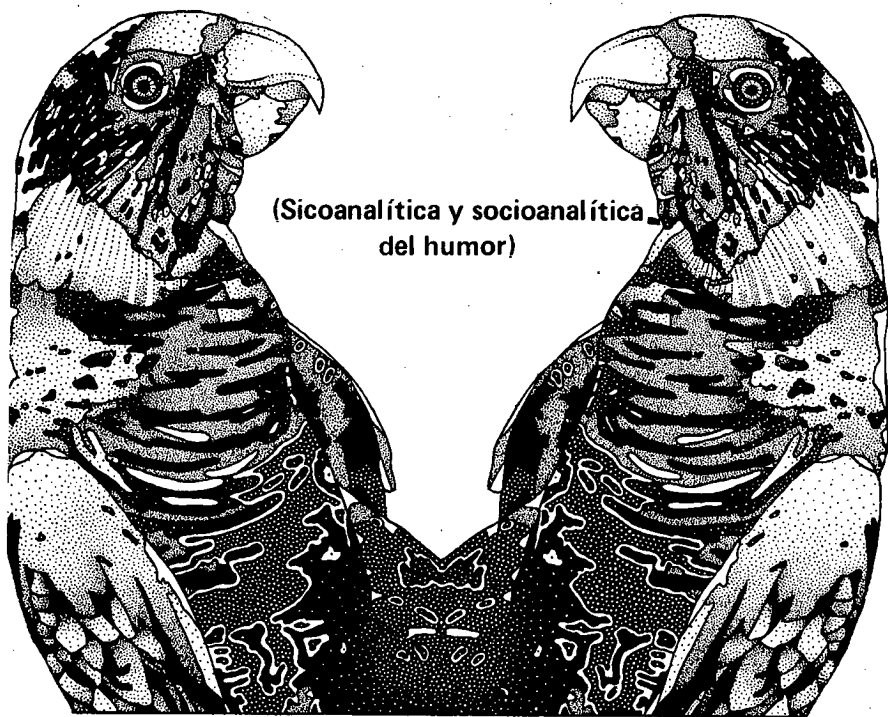


---

# HUMOR IDEOLOGICO Y 'HUMOR UTOPICO

---

▣ JESUS M. AGUIRRE



Aún no están plenamente dilucidadas las fronteras entre lo risible, lo cómico y lo humorístico, a pesar del esfuerzo de las ciencias humanas y más específicamente de la semiología.

El campo de lo gracioso se escapa incluso a una indagación rigurosa, reducida a una formalización técnica, sintáctica o semántica, que no tenga en cuenta la pragmática, el juego de complicidades entre el humorista y su interlocutor en una situación histórica concreta. Esta es precisamente la limitación que encontramos en los pormenorizados análisis de Violette Morin sobre "El Chiste" y "El Dibujo Humorístico". Nos descubren las técnicas simbólicas de cierto humor, pero no su sentido (1).

Tampoco está suficientemente elucidada la inextricable semántica del deseo, que promete ser uno de los marcos de interpretación más fecundos sobre el humorismo, aun reconociendo el esfuerzo freudiano (2).

Más recientemente la crítica de Ernst Bloch sobre el psicoanálisis ha abierto nuevas perspectivas, cuya consideración es ineludible para una interpretación socialanalítica del humorismo (3).

Nuestro propio acercamiento fenomenológico en el ensayo "El humor como acto comunicacional" (Más allá de la risa: el sentido del humor) no desglosa sino aquellas condiciones generales sobre las que se pueden basar el sentido del humor y desarrollar el acto humorístico. Y de cara a una tipología sólo se apunta al eje de la esperanza en la actitud semántica del humorista como clave para establecer las diferencias entre un humorismo ideológico y otro utópico. En ese ensayo decíamos:

**"Indudablemente que el plantear que las cosas pueden ser de otra manera implica una trascendencia que va más allá del divertirse por el divertirse. Ahora bien, el querer o no querer que las cosas dejen de ser tal como son, marcaría la distancia entre los humoristas utópicos e ideológicos" (4).**

Estos apuntes prosiguen esa exploración sobre el acto humorístico, que supere las clasificaciones formalistas, en el marco de una semántica del deseo.

#### • La aportación psicoanalítica

Desde el punto de vista freudiano sobre el chiste hay la suposición de que la función de algunos sistemas simbólicos (mito religión, sueños, chiste . . .) no se agota enteramente en sus repercusiones socio-políticas, sino que responde a preguntas más radicales sobre el destino social y la condición humana.

¿Acaso la lógica de la economía política ha logrado una eficacia capaz de convertir el poder y el dinero en fuente del objeto de todo deseo, aunque hayan podido crear el señuelo de que el dinero es el medio imprescindible para la realización del deseo?

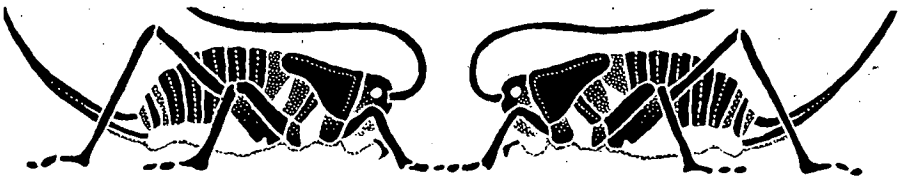
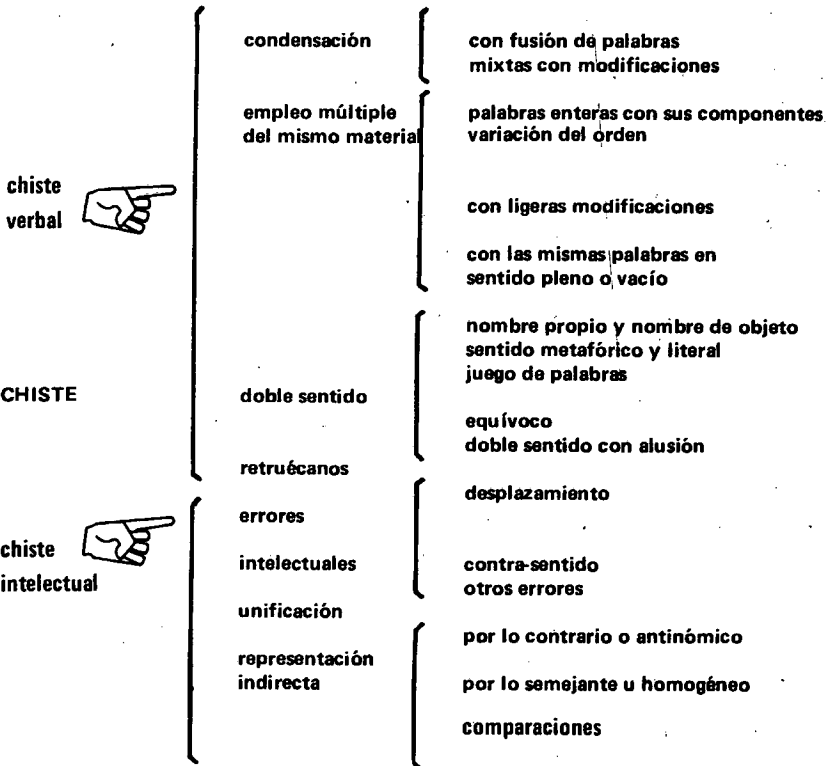
Para Freud en su carta a W. Flies (16-1-1898) no hay duda de que la felicidad es la realización retardada de un deseo infantil, y como el dinero no fue objeto de un deseo infantil, poco puede contribuir la riqueza a ella.

Hoy, a partir de los desarrollos de la lingüística moderna y la psicoanalítica lacaniana sabemos que ilusiones y deseos no son, a menudo, producto de la voluntad, sino que están determinados por un sistema inconsciente, cuya estructura simbólica es comparable al lenguaje. Esta perspectiva que rompe la convicción tradicional de que existe una relación fija entre la palabra y lo designado, es la que permitió a Freud, a través de su experiencia clínica y sus estudios sobre el sueño, el chiste, los equívocos, la ironía, etc., detectar el sentido y la dinámica del deseo.

Precisamente una de las pretensiones del psicoanálisis ha sido la de convertirse en método de investigación de procesos mentales, prácticamente inaccesibles de otro modo, ya que la lógica del deseo escapa a la univocidad y a la equivalencia.

Ahora bien, ¿cuáles podemos hoy considerar los aportes fundamentales de Freud —especialmente de “El Chiste y su relación con el inconsciente— para una interpretación sobre el humor?.

En una primera lectura pudiera pensarse que su valor reside en el desciframiento y clasificación de los mecanismos que operan en los chistes. Los primeros capítulos de su libro ofrecen una detallada clasificación que Todorov, corrigiendo a Freud, considera más bien como categorización de técnicas, ya que no se trata de clases exclusivas:



Sin embargo, un análisis detenido de cada uno de los mecanismos, realizado por el mismo Todorov, ha puesto en evidencia que, si bien el chiste es más cómodo de analizar que el sueño, Freud no ha hecho con ello sino describir las operaciones que son comunes a las de todo simbolismo lingüístico. Es decir, que Freud al descifrar el sueño y el chiste e inventariar sus técnicas había vuelto a redescubrir el viejo catálogo de los tropos (5).

Hoy se admite que el mismo Freud intuyó el hecho de que en la interpretación de los sueños y del chiste describía las formas de todo proceso simbólico y no sólo las del simbolismo inconsciente. En este sentido la interpretación como método no es sino el proceso inverso de la simbolización.

De ahí que la categorización freudiana no nos permite señalar lo específico del humor, a no ser que recurramos a una interpretación que descubra en la dinámica del chiste un contenido de acuerdo al conjunto de la misma doctrina psicoanalítica freudiana sobre la semántica del deseo. Pues, si bien Freud presenta la interpretación psicoanalítica como un método que descubre el sentido final, éste no se obtiene por el mero análisis de los mecanismos formales, sino por una estrategia de codificación previa a los resultados, que elige entre varios sentidos finalísticos. Veamos su estrategia.

Según la doctrina freudiana —época de El Chiste, en 1905— el humor posee el don de crear placer a expensas de los afectos penosos, porque ofrece una ganancia derivada de un ahorro síquico. Es el humor que hace decir al condenado a muerte en el momento de ser ahorcado el lunes por la mañana: ¡Mal comienza esta semana!

En una nota de este mismo texto de 1905 comenta:

**“Sólo puede afirmarse una cosa; y es que en el caso que un hombre triunfe sobre sus efectos dolorosos, comparando la inmensidad de los intereses mundiales con su propia pequeñez, tal triunfo no se deberá al humor, sino al pensamiento filosófico” (6).**

Parecería, pues, que el humor preñado de ilusiones, sólo sobrevive por la complicidad entre los deseos del hombre y su inverificabilidad, flotando sobre el sueño y evadiendo la relación con la realidad.

Tras analizar las técnicas del chiste y las condiciones de la comicidad, Freud prosigue con algunas observaciones sobre el humor. Al suponer un esencial parentesco entre los procesos del humor y la comicidad llega a la conclusión de que el primero es el menos complicado de todas las especies de lo cómico.

Lo más sorprendente es que supone que el humor se realiza en una sola persona sin que la participación de otra añada nada nuevo. Es decir que en el humor no cabría un impulso para comunicar el placer humorístico que ha surgido y puede gozarse aisladamente.

Esta presunción negaría el carácter ilocutorio y social del acto humorístico, lo que nos parece sumamente cuestionable, sobre todo, si se trata del humorismo como tarea social y no simplemente de un posible estado de ánimo.

Siguiendo esta misma perspectiva considera el desplazamiento humorístico como un proceso de defensa, en el que lo psíquico corresponde a los reflejos de fuga para evitar el nacimiento de displacer producido por fuentes internas. A diferencia, en cambio, de la represión el humor tendría el valor para no sustraer a la atención el contenido de representaciones ligado al efecto doloroso.

Sospecha que sea de nuevo la conexión con lo infantil lo que le permite llevar a cabo esta función, pues en la vida del niño se producen intensos efectos dolorosos, de los que el adulto

reiría como ríe el humorista de los de igual género que le asaltan en la edad madura: "soy ya demasiado grande para que esto pueda causarme disgusto".

Sea que el placer provenga del gasto de inhibición ahorrado (chiste), del gasto de representación ahorrado (comicidad) o del gasto de sentimiento ahorrado (humor), los tres mecanismos coinciden, según Freud, en constituir métodos de reconquistar el estado de ánimo de la infancia, época en la que podíamos llevar a cabo nuestra labor psíquica con muy escaso gasto y en la que no conocíamos lo cómico, no éramos capaces del chiste y no necesitábamos del humor para sentirnos felices en la vida.

Veintidós años después de Freud va a referirse al humor todavía con un juicio más severo:

**"El humor no se resigna, sino que se rebela; no sólo implica el triunfo del yo, sino también el principio del placer, que encuentra así manera de afirmarse sobre la adversidad de las realidades exteriores (. . .). El superyó, al provocar la actitud humorística, en el fondo rechaza la realidad y se pone al servicio de una ilusión" (7).**

El sentido del humor estaría, pues, al servicio de una dinámica, cuya función es primordialmente evasiva. Baste para ello recordar que Freud llama ilusión a una creencia en que la realización del deseo es factor dominante de su motivación, mientras no tiene en cuenta su relación con la realidad por su renuncia a ser confirmada por lo real.

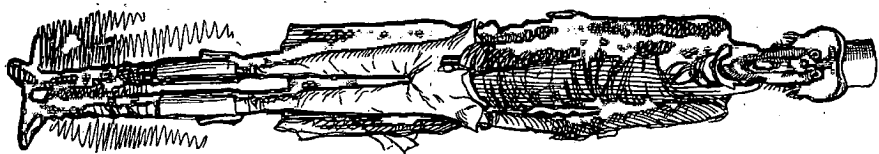
Esta evasión, según su doctrina ulterior, no realizará tanto por una resignación filosófica ante el destino inexorable, cuanto por una regresión narcisista al pasado:

**"Lo sublime —nos dirá Freud— reside evidentemente en el triunfo del narcisismo, en la victoriosa afirmación de la invulnerabilidad del yo (. . .) El yo se rehusa a dejarse ofender, a dejar que las realidades exteriores le impongan sufrimientos, y se rehusa a admitir que los traumas del mundo exterior puedan afectarle; más aún: hace ver que pueden convertirse en motivo de placer" (8).**

En definitiva el humor supondría una regresión a un narcisismo, replegado en el interés sobre sí mismo y su libido (narcisismo primario) o desplegado al entorno con una agresividad dominadora, aun sin llegar a la demencia (narcisismo secundario).

Si tenemos en cuenta las características del narcisismo, expuestas en su Introducción al psicoanálisis: exceso de atención hacia sí mismo, incapacidad para establecer relaciones amorosas, tendencias auto y allo- destructivas, podemos apreciar o bien que los humoristas enmascaran inteligentemente su agresividad y alienación con el manto de la simpatía crítica, o que Freud se equivocó al incluir todas las formas de lo risible bajo la misma rúbrica narcisista y evasiva.

En otras palabras, nos preguntamos si su acierto al considerar el chiste, el cinismo, el humor negro, la comicidad, etc. como miembros de una misma clase, desde el punto de vista de los mecanismos simbólicos, no se convirtió también simultáneamente en un error grave a la hora de interpretarlos desde una arqueología de lo inconsciente, situada en el pasado y referida exclusivamente al narcisismo. A lo más hubiera acertado en describir el humorismo narcisista.



¿No sería posible interpretar también el humorismo desde una perspectiva teleológica, que sin perder su relación con la realidad, se situara en el futuro?. En nuestras notas fenomenológicas sobre "El humor como acto comunicacional", hemos comprobado la fecundidad que puede ofrecer un acercamiento desde esta nueva perspectiva, que de hecho ya fue apuntada por Hegel en su Retórica. En ella justamente Hegel, al describir el humor de la comedia, vincula una teología explícita del espíritu a una arqueología implícita de la vida y el deseo. Las insuficiencias de la interpretación de Hegel, como hemos anotado allí, provendrían más bien de su enfoque idealista, que diluye los vínculos del espíritu con la realidad.

Además, desde Saussure y su concepción de la estructura significante, la categoría dicotómica de la conciencia que se opone a lo inconsciente, no es ya pertinente en las ciencias del hombre, a no ser que sea substituida como lo hace Lacan, por el concepto de *asunción* (4).

Por fin, la concepción psicoanalítica con su puesta en paréntesis del contexto y la circunstancia social, sólo alcanza a explicar el placer diversivo, eludiendo la dimensión trascendente y crítica, que vinculan al humor con el futuro y con el destino de la sociedad.

#### • La perspectiva socio-analítica

Aunque el filósofo Ernst Bloch no haya escrito un opúsculo particular como Bergson o Freud sobre el humor, sin embargo ofrece unos apuntes dispersos en su monumental obra "El Principio Esperanza" que, a nuestro juicio, replantean la problemática del humor.

Tratemos de esbozar brevemente su pensamiento que, en contraste con el psicoanálisis freudiano, bien pudiéramos llamar socioanalítica del humor.

Según Bloch no hay hombre que viva sin soñar despierto; de lo que se trata es de conocer cada vez más estos sueños, a fin de mantenerlos así dirigidos a su diana eficazmente. Sus diferencias con Freud radican en la diversa valoración de los sueños diurnos y nocturnos, y en su concepción particular de la función del pre-consciente.

El psicoanálisis valora igual los sueños diurnos que los nocturnos, viendo en aquéllos sólo el inicio de éstos. Como dice Freud: "Sabemos que tales sueños diurnos constituyen el núcleo y el modelo de los sueños nocturnos. El sueño nocturno no es otra cosa que un sueño diurno desplegado por la libertad nocturna de los movimientos instintivos, un sueño diurno deformado por la forma nocturna de la actividad anímica (Vorlesungen, 1935, pág. 17) (10).

Pero esto —comenta Bloch— es considerar todos los sueños sólo como vehículo de la represión, que sólo conoce la realidad bajo la forma de la sociedad burguesa y de su mundo. Ahora bien, si se considera el sueño nocturno sólo como parte desviada en el campo gigantesco de un mundo todavía abierto y de su conciencia, entonces el sueño diurno no es un estadio preliminar respecto al sueño nocturno y no queda liquidado por éste, ni siquiera en lo que se refiere a su contenido clínico, para no hablar de su contenido artístico, frontalmente anticipador.

Las diferencias más significativas entre ambos son las siguientes:

a) El sueño diurno no es opresor, y en lugar de sumergirse en alucinaciones, mantiene contacto con la realidad. No recurre a camuflajes como el sueño nocturno, ni se somete al control de la censura del yo. El sueño diurno abre una vía libre y por eso se nutren de él las ideas atrevidas, los proyectos políticos novedosos y las sorpresas artísticas arriesgadas.

b) A pesar de la distensión existente en el sueño diurno el yo no aparece debilitado. Al contrario que en el sueño nocturno, donde el yo escindido naufraga en la regresión hacia un pasado infantil, el yo del sueño diurno se mantiene consciente y en contacto con el entorno vital, saliendo a menudo robustecido y sediento de acción.

c) El sueño diurno se distingue también del nocturno por su carga social y su intencionalidad de mejorar el mundo. El durmiente nocturno permanece, cabe sí, encerrado en el ámbito de lo privado. El soñador diurno, por el contrario, expande su yo hacia los otros, ampliando su horizonte de intereses y transfiriéndose a la realidad social para transformarla. Su adultez se refleja en la voluntad de marchar hacia un mundo mejor, gracias al fortalecimiento utópico.

La otra ruptura de Bloch respecto a Freud es la diversa concepción del pre-consciente. Lo "aún-no-consciente" no sería otra cosa que el pre-consciente de lo que está por llegar, el lugar psíquico del nacimiento de lo nuevo. Su tarea sería no recuperar un pretérito olvidado, sino el trascender el presente en busca de un porvenir ideal, porvenir anticipado en los sueños diurnos y en la esperanza, aunque sus imágenes del futuro en el presente sean aún inadecuados.

Estos planteamientos de Bloch son los que nos hacen pensar que el humor, como acto consciente comunicativo, no puede ser adecuadamente descifrado a partir de actos fallidos y equivocaciones o a través de la mera semántica del deseo en los sueños nocturnos. A lo sumo puede concedérsele a Freud que sus hipótesis sobre el chiste y el humor, tal como lo reconoce en la Introducción al Psicoanálisis, sirven para "determinados casos de la equivocación oral de efecto cómico o absurdo" o también para determinados estados de humor regresivo o narcisista (12).

Y a favor de esta afirmación pudiéramos traer la innumerable producción moderna de humor crítico, latinoamericano y mundial, desplegado a través de medios expresivos tan variados como la literatura, el chiste, la caricatura, el comic, y en menor medida la radio, cine y televisión, reprimidos no tanto por la censura psicológica sino política (13).

Desde el descubrimiento del subconsciente por Leibnitz, a través de la psicología romántica de la noche y el pasado originario, hasta el psicoanálisis de Freud, lo único que se ha delineado e investigado ha sido el "crepúsculo hacia atrás". No se descubrió, en cambio, el impulso que existe, incluso en el recuerdo, hacia el futuro, y cuya ruptura no tiene lugar en el sótano de la conciencia, sino en su primera línea.

Según el mismo Bloch que no desarticula los condicionamientos internos y externos, estos procesos síquicos del surgimiento típicos de los sueños despiertos, son característicos también en la juventud, en las épocas críticas y en las etapas creadoras. Prosperan a través de los fenómenos los que alienta algo que todavía no ha llegado a ser y que quiere articularse. Tales procesos implican no solamente un estado de ánimo o un afecto sino también un acto orientado de naturaleza cognitivo-utópica.

Pero además de estas diferencias entre el psicoanálisis y socioanálisis —nombre con el que hemos designado la interpretación blochiana de los sueños despiertos— existe otra ruptura radical. No es la libido categoría que no niega Bloch, sino el "hambre" el instinto fundamental que provoca la conciencia soñadora. El dato primario de la conciencia es la carencia (Nicht-Haben) y su secuela inmediata el "hambre" como tendencia hacia un algo. Los sueños diurnos acuden a paliar esta carencia.

Este viraje inscribe el socio-análisis en la antípoda de las teorías freudianas, cuya estrategia se orienta a las pesadillas burguesas, derivadas del trauma del nacer. Para Bloch las pesadillas fundamentales son el hambre, la preocupación por el sustento, la inseguridad económica, la angustia vital. Estas tienen otras motivaciones y otros contenidos que hay que buscar en la estructura objetiva de la sociedad.

La libido y frustración erótica pueden explicar sueños angustiados en camas confortables, pero no son suficientes para explicar la angustia de la pesadilla diurna, sea del pobre hambriento o del torturado político, radicada en el instinto de conservación. La semántica del deseo en Bloch, en lugar de regresión y arcaísmo, anticipa liberación y utopía. El sueño diurno, origina-

do por el deseo, no se contenta con logros parciales y tiende a poner su satisfacción al final.

O, expresando, con sus mismas palabras: "En medio de la miseria, de la crueldad, de la dureza, de la trivialidad, proyectando o conformando, se abren amplias ventanas hacia el futuro llenas de luz" (14).

El sueño despierto alienta el perfeccionamiento del mundo. De ahí el interés revolucionario del planteamiento blochiano que sabe cuán defectuoso es el mundo y que conoce cuánto mejor podría ser. Porque todo sueño de futuro provoca conciencia del presente.

El problema crítico del sueño desiderativo diurno no es el de la interpretación, sino el de su rectificación y corrección en relación con la realidad. Pues, si el sueño despierto puede ser la anticipación de una nueva realidad o el bosquejo de un proyecto, también corre el riesgo de convertirse en sueño ilusorio en el sentido más desafortunado de las palabras.

El mundo es como una ducha de agua fría para el sueño, cuyo destino, sin embargo, no ha de ser "aceptar las cosas como son" —empirismo vulgar— sino actuar para transformar el mundo. Por eso el humorista en su afán de buscar los contrastes entre el sueño despierto y la realidad que provoquen gracia o placer, se enfrenta a la disyuntiva de proyectarse en un humorismo regresivo o revolucionario.

El tono alegre y la risa se extienden, sobre todo, a costa de la anticipación y de lo desacostumbrado, que además flotan entre la ilusión y la realidad. La actitud del humorista, abierta a las propuestas sobre "lo nuevo", aún-no conocido", y su "posibilidad", lo "todavía-no llegado-ser", se manifestará en forma ideológica o utópica, según sea su orientación semántica.

El humorismo y su interlocutor, establecidos en el status quo, harán objeto de mofa lo nuevo, porque su seguridad actual teme las perturbaciones del futuro. Sus chistes y caricaturas presentarán lo nuevo mismo peyorativamente. Su intención perlocutoria se orientará más a la prosecución de afectos "saciados" a corto plazo que a los "afectos de espera" a largo plazo.

El humor ideológico, consciente o inconscientemente interesado en mantener el orden de desigualdad y explotación, se agotará en un juego de sensaciones, en una mecánica de la diversión, que probablemente será gratificado con un emolumento económico o una prebenda política. El correlato psíquico de la función ideológica será la satisfacción narcista o el placer solipista.

En el humorismo ideológico, que es funcional a la clase dominante, prolifera la mofa contra lo desacostumbrado y sus especies. El humor se vuelve sátira contra la utopía y contra los que quieren corregir algo.

Entre los precursores del humor ideológico estaría Aristófanes, quien escribió algunas de sus mejores comedias a costa de ridiculizar las esperanzas revolucionarias. En "La asamblea de mujeres" se burla del plan de conceder el voto a las mujeres y de la comunidad de bienes, y en "Las Aves" se mofa directamente de la utopía socialista.

También Luciano puede ser reconocido en su "Vera historia" como un antecesor del humorismo ideológico, pues a pesar de sus sátiras destructivas sobre una sociedad decadente, se rinde al escepticismo y le falta la grandeza de la burla utópica.

Modernamente Aldous Huxley, otro de los autores citados por Bloch, es un exponente del humorismo antiutópico. En su obra "Brave New World" segrega su escepticismo frente al futuro de la sociedad, en que los individuos han sido suprimidos en favor de unos autómatas —según él, comunistas o fascistas da lo mismo— al servicio de una maquinaria totalitaria.

De hecho Bloch no habla, como lo hemos hecho nosotros, del humorismo ideológico, sino del humorismo burgués, cuya disyunción siempre termina en el horror o en la necedad con el asesinato de la esperanza (15).



El reto del humorismo utópico es el de suscitar imágenes del deseo voluntariamente humoristas, de una especie auténtica y de futuro, sobre todo hoy, cuando tienden a prevalecer las utopías del humor negro. Desde hace cien años, nos recuerda Bloch, las revistas de humor ha extraído su material de qué aspecto tendrá el hombre dentro de cien años. Un prototipo sería "Un autre monde" de Grandville, donde se ridiculizan los avances de la técnica, caracterizando los medios de hacer feliz al hombre por el maquinismo. En este tipo de utopía negra el humor salva de aquel aislamiento con el que el hombre, y más tarde las máquinas, pueden cercar al mundo. Pero, si aun en este humor de tipo crítico frente al futuro, late la esperanza de la eliminación posible de los horrores de la esclavitud técnica, es necesario otro humor de "proyectos efervescentes".

Por fin quisiéramos hacer una observación sobre la función del humorista utópico y su complicidad con el interlocutor, perspectiva que no entra en las reflexiones de Bloch.

Si las técnicas de interpretación de los sueños se han mercantilizado en las clínicas psiquiátricas, hoy el humor corre los mismos riesgos. Ya no faltan en el mercado libros como "Risa después de la risa: el poder curativo del humor" por el Dr. Raymond A. Moody, Jr., que plantean la restauración del equilibrio sanitario a través del humor. Habrá que preguntarse qué tipo de humor es el que va a prevalecer en esas clínicas de la risa o de la resignación, si el humor ideológico o el humor utópico, y, en segundo lugar, qué clientes podrán tener acceso a tales terapias de la diversión.

Probablemente, ante la privacidad de tales tabernáculos, las grandes mayorías no tendrán otra vía alterna que los espectáculos diversivos y evasivos de los medios de difusión masivos, que constituyen la catarsis regresiva más económica para el pueblo.

El humorista utópico tendrá que seguir buscando los resquicios para sus sueños despiertos en medio de la multiplicidad de sueños, sea dormidos o censurados, que produce la industria cultural de la conciencia.

Hoy es invaluable la reserva crítica del humor utópico por su invulnerabilidad al sometimiento que imponen la lógica del poder y de la mercancía. Porque, en efecto, la lógica del intercambio simbólico, como lógica de la ambivalencia y del don, no es reductible al cambio del valor-signo, basado en la diferencia, ni tampoco a la lógica de cambio, sustentada en la equivalencia abstracta de la mercancía.

Parafraseando a Baudrillard "si no hay contra-don posible, intercambio recíproco posible, se permanece en una estructura de poder y abstracción" en la que no son viables la equivocidad y la gracia (16).

El humor que se somete al poder y al status quo de la mercancía se transforma en una mueca complaciente y sin gracia, en un rictus mecánico como el de la risa en "play-back".

¿Llegará el día en que los sueños despiertos de nuestros humoristas utópicos sean exagerables pero no ridiculibles?

#### • Notas bibliográficas:

1. Morin, Violette: El chiste, en *Análisis estructural del relato*, Ed. Tiempo contemporáneo, 3ra. ed. Bs. As. 1974, pp 121-145; *El dibujo humorístico, Análisis de las imágenes*, Ed. Tiempo contemporáneo, Bs. As. 1972, pp. 136-164; Du Pasquier Sylvain: *Los gags de Buster Keaton*, *ibid.* pp. 164-182.
2. La obra fundamental de Freud sobre el humor es: *El chiste y su relación con el inconsciente*. En este artículo hemos utilizado las citas de sus *Obras Completas*, Ed. Biblioteca Nueva 4ta. ed. 1981.

3. La principal obra de Ernst Bloch "El Principio Esperanza" ha sido traducida al castellano por la editorial Aguilar, Madrid, 1977. Su pensamiento puede encontrarse también sintéticamente expuesto por José Ma. Gómez-Heras en su estudio: Sociedad y utopía en Ernst Bloch, ed. Sígueme, Salamanca, 1977.
4. Aguirre, J.M.: El humor como acto comunicacional: más allá de la risa el sentido del humor, Comunicación, n. 38; el punto de vista del artículo supone una revisión de las categorías de ideología y utopía, tan como han sido expuestas en otro ensayo: Comunicación ideológica y formación crítica de la conciencia de clase, Comunicación, n. 28-29, Caracas, julio-sept. 1980.
5. Todorov, Tzvetan: Teorías del símbolo, Monte Avila Editores, 1981. Véase el capítulo 8 sobre "La retórica de Freud".
6. Freud; Obras completas, Tomo I.
7. En esta cita sobre "El Chiste" hemos respetado la versión directa de Paul Ricoeur en: Freud, una interpretación de la cultura, Ed. Siglo XXI, 4ta. edición, pág. 290.
8. Ibid. pág. 290.
9. Greimas, A.J.: Semántica estructural, Ed. Gredos, Madrid, 2da. edic. 1976; véase el capítulo sobre "Los modelos actanciales psicoanalíticos", pp. 286-293. La obra fundamental de Lacan se encuentra en sus "Ecrits". En Venezuela se han publicado, tras su seminario "Las cinco conferencias cañaqueñas", según versión de J.A. Miller. La revista Analítica del Ateneo de Caracas se ha dedicado a difundir su pensamiento.
10. Bloch, E.: El principio esperanza, ob. cit. p. 73.
11. Ibid. pág. 74.
12. Freud: Introducción al psicoanálisis, Alianza Editorial, 9a. ed. pág. 4.
13. Tan sólo a título ilustrativo mencionamos: Humor y Amor de Aquiles Nazoa, Librería Piñango, Caracas, 1979, Un morrocoy en el infierno de Miguel Otero Silva, Ed. Ateneo de Caracas, 1982; Derechos Humanos de Jorge Blanco, Ed. Arte, Caracas, 1979; ¿Quién es Zapata? de Pedro León Zapata, Ed. La Flor; la mayor parte de la producción de Quino, más conocido por las series de Mafalda; gran parte de obra de Rius, incluida la de carácter político como el Manifiesto Comunista (Tusquets editor), y La Trukulenta Historia del Capitalismo (Ed. Posada); las series sobre humor religioso del español Cortés (Ed. PPC); y la extraordinaria selección universal sobre Humor y Contestación de Editorial Fundamentos.
14. Bloch, E.: El Principio esperanza, ob. cit. pág. 81.
15. Ibid. pág. 446.
16. Baudrillard, J.: Crítica de la economía política del signo, Ed. siglo XXI, México, 1976, p. 262.

